

LOS MEJORES
PEORES DÍAS DE
BRUNO UCCELAY

ÀLEX MARUNY



Duomo ediciones

Maquetación y adaptación de cubierta: Endoradisseny

© 2020, Àlex Maruny, por el texto

© 2020, Alba Cantalapiedra, por ilustración de cubierta

ISBN: 978-84-18128-08-0

Código IBIC: YF

DL B 25.716-2019

© de esta edición, 2020 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: mayo de 2020

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

Impresión: Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A Bruno, a Alan y a Gaëlle. Gracias.

VERANO 2000

1

No tienen piedad. Ya ha sido un curso suficientemente largo y difícil como para que ahora, cuando llega lo mejor, me manden al extranjero. ¿Qué he hecho yo para merecerme esto? De lo enfadado que estoy no puedo ni siquiera mirarlos a los ojos. Bajamos del coche. Doy un portazo.

—¡Si no me queréis en casa, dejad al menos que me quede con Cris, por favor! —les ruego por enésima vez.

—Ya lo hemos hablado. Te podrás ir con él cuando vuelvas —contesta mamá.

—Pero... ¿qué es lo que he hecho mal?

—Nada, pero te irá bien pasar unas semanas fuera.

Harás nuevos amigos y aprenderás inglés —responde papá.

—A ver si os enteráis de una vez: ¡no necesito más amigos y ya hablo un poco de inglés!

—¡Basta ya! Tu padre y yo hemos hecho un esfuerzo para que puedas vivir esta experiencia. Deja de ser tan desagradecido.

Desagradecido, lo que me faltaba. Me quedo callado tratando de contener la rabia. ¿Por qué todo el mundo se cree con el derecho de dirigir mi vida? ¿Acaso mi opinión no cuenta?

—Adiós —sentencio.

Cojo la maleta y empiezo a caminar hacia la terminal. Intento hacerlo de la manera más dramática posible. Quizás así se sientan un poco culpables y acaben cediendo.

—¡Bruno! —grita papá, desde la lejanía.

Me giro, tímido, con la esperanza de que mi chantaje haya funcionado. De que se hayan dado cuenta de que ya tengo una edad, de que no pueden seguir decidiendo por mí.

—¡Te queremos! —me dicen los dos.

Ya empezamos. No hay manera de que me tomen en serio.

—¡TE QUEREMOS, HIJO! —repiten, esta vez más fuerte, para que todo el mundo lo escuche.

Mamá empieza a bailar mientras me dice adiós con la mano. Papá la imita. Odio cuando hacen eso. Les encanta dejarme en evidencia. Lo hacen porque saben que me da mucha vergüenza ajena. Se agarran de las manos y empieza el *show*, no sé si se creen que están en *Grease* o qué. Menudo bochorno. ¡Que les den! Entonces me hago una promesa: no van a saber absolutamente nada de mí en tres semanas.

Llego corriendo al control de seguridad, huyendo de *Grease*, de mis padres, del ridículo. Paso por el detector de metales.

¡Piiip, piiip, piiip!

—El cinturón —me advierte el guardia.

Vuelvo atrás, me lo quito, lo dejo en una bandeja y paso otra vez. De nuevo ese maldito ruido.

¡Piiip, piiip piiip!

—Joder...

De repente, me invade una horrible sensación de culpabilidad. Como cuando voy a una tienda, no

compro nada y al salir actúo como si fuera gilipollas, haciendo entender a los dependientes que no he robado nada y que solo he entrado a dar una vuelta. A saber qué es lo que me ha pasado, qué clase de trauma infantil arrastro, como para tener que sentirme así en estas ocasiones.

—Ponte aquí —me dice el guardia.

Me cachea mientras me mira fijamente a los ojos, buscando un destello de duda o debilidad, pero...

—Pasa.

Entonces, activo mi plan malvado.

—Voy a volar este aeropuerto —le digo, sin pestañear.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Vais a morir todos.

Saco el detonador que llevo escondido en los calzoncillos. El guardia, al verlo, desenfunda su pistola y grita:

—¡Tiene una bomba! ¡Tiene una puta bomba!

Todo el mundo se echa a correr, provocando el caos. Pero no tienen escapatoria. En pocos segundos voy a volarlo todo por los aires. Será épico. Me convertiré en el protagonista de los titulares del año. *El chico bomba* me van a llamar. Miles de psicólogos es-

tudiarán mi caso y llegarán a una única conclusión: la culpa de todo fue de los padres. Quisieron mandarle al extranjero sin tener en cuenta su opinión. Entonces, claro, a mis padres no les quedará otra que comprender por fin la dimensión de su error.

—*Show time!* —grito, a pleno pulmón.

Aprieto el botón del detonador y...

—¡Pasa! —me repite el guardia despertándome de mi bonita ensoñación.

Joder, menudo ansias. No respetan ya ni el derecho a quedarse embobado.

Es uno de esos aviones *low-cost* en el que todo cuesta dinero: espacio extra entre asiento y asiento, la comida, el embarque prioritario. Un día de estos cobrarán incluso por ir al baño. Por respirar. Resignado, en mi asiento minúsculo, intento ponerme lo más cómodo posible. Justo cuando se me está pasando el cabreo, se sienta a mi lado un viejo gordo que ocupa un montón de espacio. Tanto, que tengo que apretujarme contra la ventanilla.

—Perdone, ¿le importa si...? —le digo.

—¿QUÉ QUIERES, NIÑATO?

Mejor me callo. Nunca se me ha dado bien esto de defender mi integridad. Siempre he pensado que es mejor conformarse y dejar que las cosas pasen. Aunque, en este caso, es inevitable que me vuelva el cabreo, y, además, con mucha más intensidad que antes.

Mi madre diría que ha sido mi mala energía la que ha atraído a este señor. Según ella, el universo devuelve a las personas aquello que proyectan. A mí me parece que eso es, en realidad, una forma cruel de culpabilizar a la gente por su mala suerte.

Con gran esfuerzo, saco el *discman* de la mochila, desenredo los auriculares lo suficiente como para poder ponérmelos y le doy al *play*. Escucho el último disco de *Zero-K*. Los descubrí gracias a Cris, mi mejor amigo, que es su fan número uno. En septiembre iremos a uno de sus conciertos en Barcelona y antes quiero aprenderme todas sus canciones. Será una noche inolvidable.

Sientes tu vida un día vacía.

Andando por las calles no tienes salida.

Nacer, crecer, estudiar y trabajar.

¡Son las cuatro cosas que tienes que alcanzar!

La gente se termina de acomodar en sus asientos. La tripulación nos indica qué hacer en caso de emergencia: chalecos salvavidas, máscaras de oxígeno... Me enerva esta pantomima: todos sabemos que, si el avión se desplomase, no sobreviviríamos. ¿Sirve de algo un salvavidas cuando te estás precipitando al vacío? ¿Alguien piensa que eso va a parar el golpe? Vamos. Y si fuera el caso, si tuviéramos la suerte de seguir con vida, seguro que seríamos devorados por el mastodonte maleducado que tengo al lado mientras esperásemos a que nos rescatasen.

En fin, despegamos y cierro los ojos. Solo quiero no pensar, dejarme llevar por la música. Deseo con todas mis fuerzas que, cuando los abra, haya pasado el tiempo, y no solo me refiero al trayecto del avión. Lo que quiero realmente es despertarme y estar de vuelta ya, con Cris, en la playa.

Pero no, claro. Me quedo dormido y, cuando despierto, ya hemos llegado y hay que salir rápido del avión, muy rápido, como si huyéramos de un desastre nuclear. Todo el mundo parece tener muchísima prisa menos yo, que retraso al máximo el momento de abandonar el aparato y la consiguiente posibilidad de regresar a Barcelona.

Cuando salgo por la puerta de llegadas, hay un montón de gente esperando. Me hacen sentir observado. Siempre he pensado que eso es lo que deben sentir las estrellas del cine cuando sus fans los reciben en los aeropuertos. Ando rápido, mirando al suelo, como hacen ellos. Solo me faltan las gafas de sol.

A unos metros, un chico de unos veintipocos sujeta un cartelito con mi nombre. Establecemos contacto visual.

—¿Bruno Ucelay? —me pregunta.

—Sí.

—Bienvenido. Soy Michael, tu tutor. Acompáñame.

¿No es un poco joven para ser mi tutor? Igualmente, lo sigo. El aeropuerto está mucho más concurrido que el de Barcelona. Me es difícil no tropezarme con la gente. Michael, en cambio, se mueve como pez en el agua. Seguramente es porque se conoce de memoria el lugar, pero también por su altura y su delgadez. La verdad es que, así, de primeras, me mola su rollo. Tiene el pelo largo y rubio, pero no de bote, y viste bien. Podría ser, me digo, el cantante de un grupo de *indie-rock*.

—¿Es tu primera vez en Dublín?

—Ajá.

—¡Te va a encantar! Ya verás.

Espero y deseo que tenga razón. Caminamos hasta una furgoneta negra con los cristales tintados. Vuelvo a tener esa misma sensación de estrella de cine. No puedo evitarlo. ¿Será que tengo delirios de grandeza? Michael abre la puerta de atrás y me subo.

—¿Te vas a sentar aquí?

—Sí... ¿No? —pregunto extrañado, absorto en mi propia fantasía de la fama.

—Solo te abría la puerta para que dejaras la maleta.

¿Dónde tengo la puta cabeza? Es mi tutor, no un taxista, joder. Inmediatamente, salto al asiento de adelante.

—¿Vas a conducir tú? —me suelta.

Me fijo en que tengo el volante justo... ¿Está al revés?

—Discúlpame.

Ahora salto al asiento de al lado. Madre mía, qué puto lío. ¿Son así los coches aquí? Había olvidado por completo que en este país se conduce por el lado izquierdo. Michael se sube poniendo cara de «Este

no se entera de nada», cosa que me hace sentir un poco ridículo.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—Uy...

—Uy, ¿qué?

—Te lo vas a pasar en grande.

—Seguro que sí... —respondo sin demasiada convicción.

Nos adentramos en la ciudad. Dublín es una amalgama de calles oscuras salpicadas por un alumbrado pobre, o, al menos, la zona por la que estamos pasando. Michael conduce rápido.

—La ciudad mola mucho. Mira, si fuéramos varios kilómetros hacia la derecha llegaríamos al Trinity College, supongo que has oído hablar de él... Y no puedes perderte el parque Phoenix, la catedral de Saint Patrick... O los puentes que hay sobre el río Liffey... Y los *pubs*, claro. Eso sí que no te lo puedes perder.

Asiento, pero ha oscurecido y me cuesta hacerme una idea de dónde estoy. Ni Trinity College ni parque ni puentes. ¿Y si todo fuera una broma macabra que me están gastando mis padres y aún sigo en

Barcelona? Humm... No tienen tanto dinero como para... ¿Y si se han aliado con un programa de televisión? Imagino la vergüenza de una cámara oculta que me sigue a todos lados. Mis padres viéndolo todo.

—La familia te va a flipar. Tienen muchas ganas de conocerte. Son unos irlandeses auténticos. ¡No hablan ni una gota de castellano! Mañana pasarás el día con ellos, así tendrás tiempo de conocerlos bien y de adaptarte. Pero, tranquilo, el lunes ya comienzas con las clases.

Entonces me empieza a dar detalles sobre el barrio en el que estaré, sobre los horarios de los autobuses, sobre... Pero me pierdo en un eterno blablablá sin ser capaz de retener nada.

Ya me estoy agobiando.

—Hablas muy bien el castellano —le digo intentando cambiar de tema.

—¡Gracias! Tú también.

Se ríe. Humor inglés, supongo.

—Estuve viviendo dos años en Madrid por un Erasmus —añade.

—¿Y eso?

—Me fui a estudiar Periodismo.

—Anda, ¿y por qué allí?

Se arremanga la camisa, dejando ver unos cuantos tatuajes. Me señala un corazón desgastado de estilo carcelario con un nombre escrito en su interior.

—El amor, ya sabes.

No, no lo sé. Pero tampoco lo digo.

—¿Y qué tal fue?

—Al principio, bien. Luego, mi novia me dejó y fue un poco drama. Pero me sirvió para darme cuenta de lo que realmente quería hacer con mi vida.

—¿Y qué era?

—Música.

—Guau.

—¿Quieres que te ponga un tema mío?

—Pues claro.

El tío le da al *play* del radiocasete del coche. La grabación está hecha en un bar o algo por el estilo porque se escucha muchísimo alboroto. Casi no se distinguen ni las melodías. Es un poco molesto.

—¿Te gusta?

—Me flipa.

Nos pasamos los siguientes veinte minutos escuchando ese ruido horrible. Mientras tanto, imagino otros posibles relatos que me convenzan de que todo

esto no está pasando de verdad. Quizás el avión se ha estrellado, me han inducido en un coma y estoy teniendo una pesadilla. Humm... Poco probable. Lo que más me convence es lo del programa de televisión, y aun así...

—Ya llegamos.

Reducimos la marcha. Entramos en una urbanización llena de casas adosadas, todas muy similares, con sus jardines cuidados, sus buzones en la puerta de entrada. Rodeadas de parques, árboles enormes. De pronto, nos detenemos frente a lo que podría ser el número 4 de Privet Drive: una casa cuadrada, de ladrillo marrón, con tejados inclinados y un jardín delantero.

—Es aquí. Bonita, ¿verdad? —me dice Michael.

Bua, como me toque vivir con una familia como los Dursley me suicido. Me duele la barriga de los nervios. ¿Y si no nos entendemos? Mi inglés no es precisamente el mejor del mundo. A ver, que sé defenderme y eso, pero...

—Vamos —me dice Michael.

Bajamos de la furgoneta y nos dirigimos hacia la puerta de entrada. Michael llama al timbre. Nos quedamos callados, en silencio. Un silencio que hubiera

agradecido hace un rato en la furgoneta, pero ahora... Se escuchan unos pasos acercarse al otro lado de la puerta y nos abre una mujer en pijama y con cara de sueño.

—*Hello*—nos dice.

—*Hello Katie. I'm Michael from...*

Y a partir de aquí ya me pierdo. Hablan muy, pero que muy rápido.

Calculo que Katie debe tener unos treinta y cinco años. Es pelirroja, de piel muy blanca y con unas pecas que le dan un aire juvenil. No conozco a nadie pelirrojo. Bueno, Cris una vez me dijo que estaba liado con una pelirroja, pero jamás llegó a presentármela, así que no cuenta.

—Vale, no te asustes. Dice que no te esperaban hoy—me informa Michael, avergonzado.

—¿Cómo?

—Que te esperaban mañana.

¿Esta es la parte en la que aparecen las cámaras y una presentadora con un ramo de flores?

—Lo siento muchísimo. Creo que la agencia no le pasó las fechas correctas—se excusa Michael.

—¿Y entonces?—pregunto, asustado.

—Dice que tu habitación está ocupada por una

pareja de alemanes que se van mañana y que tendrás que dormir en el sofá. ¿Te importa?

En serio, ¿dónde están las cámaras? No tiene gracia...

—Ningún problema —le contesto.

—Vale, pues nos vemos el lunes a las nueve de la mañana en la escuela. Ella te llevará.

—*Okay*. Gracias, Michael.

Michael se marcha y me doy cuenta de que, efectivamente, esta casa podría ser la de los Dursley. El suelo enmoquetado de un color verde oscuro, con manchas que denotan que hace tiempo que nadie se molesta en limpiarlas, unos marcos horteros que cuelgan de las paredes cubiertas de estampados florales. Una delicia. Nada más entrar, a mano izquierda, tocando la pared, una mesa de madera antigua sostiene un espejo enorme. Encima de la mesa hay una especie de cerdo carpa mutante de porcelana muy feo perfectamente alineado con una pequeña lámpara que da una luz muy tenue. Más allá de la mesa, donde no llega la luz de la lámpara, empieza un pasillo. A mano derecha, se encuentran las escaleras que suben, supongo, a la zona de habitaciones.

Sigo a Katie por el pasillo sin decir nada y tratando

de no hacer demasiado ruido con la maleta. Me fijo en las manchas del suelo enmoquetado. Algunas son de un tamaño realmente considerable y hacen aguas aclarándose en ciertas zonas. Las paredes del pasillo están recargadas de pinturas de naturalezas muertas, fotos enmarcadas y espejos de distintos tamaños.

Al final del pasillo hay tres puertas: una a la izquierda, otra enfrente y otra a la derecha. Esta última está abierta y da a un baño. Las otras dos están cerradas.

—*Here* —me dice Katie.

Abre la puerta de la izquierda y pasamos a un salón donde hay un sofá, una mesa de centro y una tele. Lo justo y necesario. Ella empieza a hablar, pero...

—*What? What?*

Lo repite varias veces, aunque me es imposible entenderla. ¿No puede hablar más lento? A ver, tranquilidad. Voy a seguir el método de Cris que, en las clases de inglés de la señorita Klein, se limita a responder con un «*Yes*» a todo. Acierta casi siempre.

—*Yes, yes!* —le contesto.

—*Okay.*

Y sale del salón. ¿Adónde va? Mientras espero a ver qué pasa, me siento en el sofá, abro la maleta y

cojo el pijama y el libro de *Harry Potter*. Necesitaré mi dosis de lectura antes de ponerme a dormir. Además, quiero saber ya dónde está la maldita Cámara de los Secretos. ¿No pueden dejarlo en paz al pobre chaval? ¿No tiene ya suficiente con todo? Menudo aguante. A veces, creo que somos muy parecidos.

—*For you* —me dice Katie, reapareciendo con una manta.

Vaya, el método de Cris parece haber funcionado. Me irá perfecta.

—*Oh, thank you* —le respondo.

Entonces me acuerdo de que papá me dio un libro con fotografías de España para que se lo regalara como señal de agradecimiento por acogerme en su casa.

—*Stop, stop!*

Es lo primero que se me ocurre. Ella se queda de pie, quieta, sin entender qué estoy tramando y me observa hurgar entre las diferentes capas de la maleta. Lo revuelvo todo y, en el fondo, encuentro el libro, que está arrugadísimo. Se lo doy, bajando la cabeza, cual ofrenda samurái. Ella lo coge, agradecida, y empieza a ojearlo. Por cada fotografía que ve, exclama un «*Wow*» o abre los ojos fascinada dándome a entender que le encantaría visitar esos sitios.

—*Oh, look!*—exclama.

Señala una foto en la que se aprecia un puente oxidado y entonces, sobre la marcha, empiezo a fabular:

—*Beautiful... Yo... Me... My parents... House... There*—me invento.

No me suena de nada, pero ¿qué va a saber ella? Además, una mentirijilla para salir del paso no hace daño a nadie. A veces me ocurre: en situaciones aparentemente normales, me pongo nervioso y empiezo a divagar, a inventar cosas absurdas.

—*Really? In Andaluzzzia?*

—*Yes, yes...*

Bua, menuda trola. En mi puñetera vida he estado en *Andaluzzzia*. No he llegado ni siquiera a Murcia.

—*I love it.*

—*Yes, yes.*

Katie parece simpática y buena persona. No sé qué tipo de relación estableceremos, pero con esta comunicación tan fluida como la que estamos teniendo dudo mucho que sobrepasemos los límites de lo cordial.

De repente, como quien no quiere la cosa y sin decir nada, se marcha, cerrando la puerta a sus espaldas. Me quedo un poco a cuadros. ¿No estábamos

viendo el libro? ¿Qué me he perdido? ¿Habré dicho algo que no tocaba? ¿Se habrá dado cuenta de la trola de *Andaluzzzia*? En fin. Me siento raro aquí. Solo, teniendo que dormir en el sofá de una gente que no conozco. No le veo la gracia. Nunca me han dado la más mínima envidia las historias de todos esos que se van de mochileros, por ahí solos... Panda de maníacos. ¿Mis padres quieren convertirme en un maníaco? ¿Es ese su verdadero plan?

—¡Grrrrrrghh! —rugen mis entrañas.

Mierda, un momento, ¿y la cena?